LIBRO dot.com

Antología Poética

Alfred de Vigny



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

MOISÉS

POEMA

El sol iba alargando sobre todas las tiendas
esos rayos oblicuos, esas llamas que ciegan,
esas huellas doradas que suspende en el aire
cuando muere en un lecho de arenoso desierto.
Era todo el paisaje entre púrpura y oro.
Ascendiendo al estéril monte Nebo, se para
Moisés, hombre de Dios, y allí, ajeno al orgullo,
en el vasto horizonte posa larga mirada.
Ve no lejos a Pasga, que rodean higueras;
más allá de los montes que recorre su vista,
está todo Galad, Efraím, Manasés,
cuyas fértiles tierras quedan a su derecha;
hacia el sur hay Judá, país vasto y estéril,
con arenas en donde duerme el mar de poniente;
en un valle, difuso por la tarde, más lejos,
coronado de olivos Neftalí se divisa;
en llanuras de flores sosegadas y espléndidas,
Jericó puede verse, la ciudad de las palmas;
y alargando sus bosques, desde el llano Fogor
el frondoso lentisco a Segor llega incluso.
Ve Canaán y la tierra prometida que sabe
nunca va a conservar sus despojos mortales.
Mira, extiende su mano sobre todo su pueblo
y hacia lo alto del monte reanuda el camino.

Y en los vastos espacios de los campos de Moab
hasta el pie impresionante de la santa montaña,
se agitaban los hijos de Israel en el valle
como espesos trigales que sacuden los vientos.
Cuando cae el rocío en el oro de arena
y se mece su perla en la copa del arce,

el glorioso profeta centenario, Moisés,
les dejó en la llanura para ver al Señor.
Con los ojos siguieron su cabeza entre llamas,
y al llegar a la cumbre del altísimo monte,
al perderse su frente en la nube de Dios,
que la cima sagrada coronaba con rayos,
se quemó mucho incienso en altares de piedra.
Seiscientos mil hebreos, adorando en el polvo,
a la sombra aromada que el sol hace de oro
entonaron unánimes su sagrado cantar;
los levitas, alzándose por encima de todos,
como un gran cipresal sobre arenas tendidas,
con sus arpas del pueblo dirigían las voces,
elevando hacia el cielo himnos al Rey de reyes.
Y ante Dios, puesto en pie, ya Moisés en la nube
que era toda tiniebla, cara a cara le hablaba.
Y decía al Señor: «¿Nunca voy a acabar?
¿Hacia dónde queréis que enderece mis pasos?
Así, pues, ¿seré siempre soledad y poder?
¡Oh, dejadme que duerma ese sueño de tierra!
¿Cuál ha sido mi culpa para que me eligierais?
Yo llevé a vuestro pueblo hasta donde quisisteis.
Y ya pisan la tierra prometida por Vos.
Hora es ya de confiar tal empresa a otro guía,
que otro le ponga freno al corcel de Israel;
yo le lego mi libro" y el cayado de bronce.

«¿Por qué habéis de agotar mi esperanza, por qué
no dejarme viviendo con las cosas que ignoro,
ya que del monte Horeb hasta el Nebo soberbio
no he podido encontrar el lugar de mi tumba?
¡Ay, me habéis hecho sabio entre todos los sabios!
Yo he guiado el camino de estas tribus errantes.
Por mi mano ha llovido fuego sobre los reyes;
de rodillas mis leyes va a adorar el futuro;
de las tumbas humanas abro la más antigua
y la muerte a mi voz tiene voces proféticas,
soy muy grande, mis plantas pisotean naciones,

y linajes enteros puedo hacer o matar.
¡Ay de mí, soy, Señor, soledad y poder!
¡Oh, dejadme que duerma ese sueño de tierra!

¡Ay, conozco también los secretos del cielo
y Vos mismo me disteis para ver vuestros ojos!
A la noche le ordeno que desgarre sus velos;
por su nombre mi boca ha contado los astros,
me bastó un ademán de llamada, y cada uno
acudió presuroso declarando: Aquí estoy.
Con mis manos la frente de las nubes apalpo
y en su entraña se agotan fuentes de tempestad;
y sepulto ciudades bajo arenas movientes
y derribo los montes bajo el ala del viento;
incansable, mi pie puede más que el espacio;
el caudal de los ríos ante mí es cauce seco`
y la voz de los mares enmudece a mi voz.
Cuando sufre mi pueblo o requiere unas leyes,
yo levanto la vista, vuestro espíritu acude;
tiembla entonces la tierra y hasta el sol se estremece,
y envidiosos los ángeles en el cielo me admiran.
Y no obstante, Señor, no me siento dichoso;
envejezco y me das soledad y poder.
¡Oh, dejadme que duerma ese sueño de tierra!

Sacudió vuestro soplo al pastor y en seguida
se dijeron los hombres: «Ya no le conocemos»;
y humillaban los ojos a mis ojos de llama,
porque en ellos veían algo más que mi alma.
Vi apagarse el amor, la amistad extinguirse;
Se velaban las vírgenes y temían morir.
Envolviéndome entonces con la negra columna,
yo he guiado a este pueblo, triste y solo en mi gloria,
y me he dicho a mí mismo: ¿Qué deseas ahora?
No es posible dormir sobre un pecho amoroso
porque sé que mi frente pesará demasiado,

deja miedo mi mano en la mano que toca,
en mi voz hay tormentas y en mis labios el rayo;
nadie así puede amarme, ante mí todos tiemblan,
y cuando abro los brazos ante mí se arrodillan.
¡Oh, Señor, heme aquí soledad y poder,
oh, dejadme dormir ese sueño de tierra!

Esperaban las tribus, y temiendo su cólera
todo el pueblo rezaba y sus ojos no osaban
contemplar la montaña de aquel Dios tan celoso;
si miraban los flancos de la nube negruzca,
nuevos rayos surgían de las altas tormentas,
y cegaba la luz de terribles relámpagos,
humillando las frentes que tocaban la tierra.
Pronto viose de nuevo sin Moisés la alta cima.
Fue llorando. La tierra prometida quedaba
al final del camino que aún tenían que andar.
Pensativo y muy pálido avanzaba Josué,
que era el nuevo elegido del que todo lo puede.

Escrito en 1822.

EL BAÑO DE UNA DAMA ROMANA

Una esclava de Egipto, de tez negra y brillante,
de rodillas le muestra un espejo de acero;
para atar sus cabellos una virgen de Grecia
con la curva lunar une su trenza doble;
está en manos su túnica de mujeres milesias
y se lavan sus pies en jofaina de leche.
En un mármol oval jaspeado de púrpura
aguas de color rosa bañan todo su cuerpo;
luego acuden sirvientas de las tierras latinas,
vierten suaves perfumes en sus brazos inertes,

y velando los rayos de una luz importuna
bajo pliegues espesos de la púrpura untuosa,
voluptuosas descienden claridades sobre ella;
unas rompen al paso las coronas de flores,
sus colores dispersan con su rápida mano
y rociando las aguas, como lluvia, en la fuente;
su estallido de aromas cubre a la soberana,
que al azar pulsa cuerdas de su áurea lira,
piensa en el joven cónsul y se duerme en sus sueños.

20 de mayo de 1817.

EL CUERNO

POEMA

I

Oigo el cuerno en la tarde desde el fondo del bosque;
tal vez canta los llantos de la cierva acosada
o el adiós del que caza, repetido por ecos,
y que el viento del norte de hoja en hoja transmite.

Cuántas veces yo solo, en la sombra nocturna,
no sonreí al escucharlo, cuántas veces lloré.
Pues creía escuchar esos ruidos proféticos
que anunciaban la muerte de algún fiel paladín.

¡Oh montañas azules! ¡Oh, esa tierra adorada!
Peñas de la Frazona, circo del Marboré,
oh cascadas caídas de las más altas nieves,

Librodot

manantiales, arroyos, pirenaicos torrentes.

Flor y hielo en los montes, que son doble estación,
cuya frente es de nieve y los pies de verdor.
Hasta aquí hay que venir, aquí es donde se escucha
ese cuerno lejano, melancólico y dulce.

A menudo un viajero, cuando el aire es silencio,
estremece la noche con sus voces de bronce;
y a sus cantos se mezcla un sonido armonioso,
de feliz cascabel del cordero balando.

Suspicaz, una cierva, en lugar de esconderse,
permanece muy quieta en la cima rocosa,
y en su inmenso fragor la cascada también
une su queja eterna a la viva romanza.

Caballeros, ¿acaso vuestras almas retornan?
¿Es que es vuestra la voz que se escucha en el cuerno?
¡Roncesvalles! Tal vez en tu valle sombrío
de Roldán la gran sombra no ha podido calmarse.

II

Todos ellos murieron, los guerreros no huían.
A su lado, de pie, queda sólo Oliveros;
sarracenos le cercan que aún parecen temblar.
Grita el moro: «Roldán, o te rindes o mueres.

Yacen todos tus pares» muertos en los torrentes.»
Él rugió como un tigre y gritó: «Si me rindo,

africano, será cuando los Pirineos
bajarán derribados con el agua y sus cuerpos.»

«Ya se caen», responden, «luego debes rendirte».
Y del monte más alto un peñasco cayó.
Y hasta el fondo rodó del abismo, y la copa
de los pinos rompió hasta hundirse en las aguas.

«Gracias», dijo Roldán, «me has abierto el camino».
Y hasta el pie de los montes, con su mano empujando,
cual si fuera un gigante mueve todo el peñasco,
y los moros vacilan, casi a punto de huir.

III

Entretanto, confiados, Carlomagno y los suyos
descendían del monte conversando entre sí.
A lo lejos, visibles por sus aguas los valles
de Argelés y de Luz'-' distinguíanse ya...

Roldán guarda los montes, todos iban sin miedo.
Cabalgado en un negro palafrén revestido
de gualdrapas violeta, el obispo Turpín
con sus santas reliquias, avisó a Carlomagno.

«Oh, señor, en el cielo se ven nubes de fuego;
no sigáis adelante, no tentemos a Dios.
San Dionisio nos valga, que son almas, diríase,
que atraviesan los aires en vapores llameantes.

Dos fulgores se han visto y después otros dos.»
Se oyó entonces el cuerno que tañía muy lejos.

Carlomagno, asombrado, va a tirar de las riendas
y hace que su corcel no prosiga su marcha.

«¿Oís eso?», pregunta. «Sí, sin duda pastores
que reúnen rebaños por las cimas dispersos»,
respondió el arzobispo, «o las voces ahogadas
del enano Oberón que con su hada conversa».

Sigue andando el gran rey. Mas su inquieto semblante
es más negro y sombrío que los cielos revueltos.
Teme ya la traición, y mientras piensa en ella
suena el cuerno y se calla, y renace otra vez.

«¡Ay de mí! Es mi sobrino. ¡Ay de mí! Si Roldán
pide ayuda sé bien que ha de estar moribundo.
¡Caballeros, atrás! Y tú tiembla de nuevo
al sentir nuestros pasos, ¡ay España engañosa!»

IV

En la cima del monte los corceles descansan;
los blanquea la espuma; a sus pies, Roncesvalles
coloréase apenas con la luz del crepúsculo.
A lo lejos ya huyen las banderas del moro.

«¿Qué hay, Turpín, en el fondo de este fiero torrente?
Veo a dos caballeros: uno ha muerto, otro expira,
aplastados los dos por un negro peñasco;
el más fuerte aún empuña marfileño olifante,
exhalando su alma nos llamó por dos veces.»

¡Suena el cuerno muy triste en el fondo del bosque!

LA CASA DEL PASTOR

A EVA

1

Si está tu corazón por la vida abrumado,
debatiéndose, a rastras como un águila herida,
como el mío llevando en sus alas inútiles
todo un mundo fatal, humillante y helado;
si al latir se desangra por su llaga inmortal,
si el amor ya no ve como estrella más fiel
que antes le iluminaba el borrado horizonte;

Si está tu alma lo mismo que la mía en cadenas,
harta de su grillete y de su amargo pan,
abandona tu remo en la oscura galera
e inclinándote llora sobre el agua del mar
cual si en él encontrases un camino ignorado,
y estremécete al ver en tus hombros desnudos
esa marca infamante que escribieron con hierro...

Echa a andar con buen ánimo, deja atrás las ciudades;
y en la senda que el polvo no mancille tus pies;
desde altivas ideas ve ciudades serviles
como peñas fatales que esclavizan al hombre.
La campiña y los bosques son enormes refugios
libres como los mares que islas negras abrazan.
Anda a campo través una flor en la mano.

La Natura te espera entre austeros silencios;
ve la hierba elevando esa bruma del véspero,

y el suspiro de adiós que da el sol a la tierra
mece todos los lirios incensando los campos.
Mira el bosque que esconde sus columnas profundas,
la montaña se oculta y sobre aguas muy pálidas
han colgado los sauces sus castísimos palios.

El crepúsculo amigo en el valle se duerme
entre hierbas doradas o color de esmeralda,
sobre tímidos juncos de la fuente apartada,
bajo el bosque entre sueños que a lo lejos vacila,
titubea al huir en racimos silvestres,
echa su capa gris a la orilla del río
y entreabre la cárcel de las flores nocturnas.

Hay en mi alta montaña un espeso brezal
por el cual el que caza casi no puede andar,
su cabeza altanera nos domina a los hombres
y en la noche custodia al pastor y al extraño.
Ven y oculta el amor y tu culpa divina;
si se agita la hierba o no está muy crecida
voy a darte esta casa del pastor para ti.

Poco a poco camina sobre sus cuatro ruedas,
su tejado es igual que tu frente y tus ojos;
el color del coral, tu color de mejillas
tiñe el carro nocturno y sus ejes sin voz.
Perfumados umbrales y una alcoba en penumbra,
y allá habrá bajo sombras y entre flores un lecho
silencioso que acoja tu cabeza y la mía.

Si tú quieres, veré el país de la nieve,
los que el astro amoroso` deslumbrante consume,
los que azotan los vientos, los que asedia la mar,
los del hielo, malditos por los polos oscuros,"
seguiremos los pasos del azar errabundo.

Librodot

¿Qué me importa la luz? ¿Qué me importa la gente?
Yo diré que son bellos si tus ojos lo dicen.

Que Dios guíe a su meta al vapor fulminante H
por caminos de hierro que atraviesan los montes.
Que haya un ángel erguido en su forja ruidosa
cuando va bajo tierra o estremece los puentes,
y con dientes de fuego que devoran calderas
igual cruza ciudades que los ríos se salta,
más veloz que los ciervos en sus brincos más ágiles.

Que por él vele un ángel con los ojos azules,
que su espada proteja su andadura metálica.
Si él no cuenta los golpes de palanca escuchando
cada vuelta de rueda en su curso triunfal,
si no cuida del agua y vigila las brasas,
para hacer estallar esta mágica máquina
basta siempre el guijarro de algún niño imprudente.

En el toro de fuego que resopla y que brama
sube un hombre. Aún es pronto, nadie puede saber
qué tormentas arrastra ese ciego tremendo,
y el alegre viajero su tesoro le entrega,
cual rehenes: sus hijos y un anciano, su padre,
en el vientre ardoroso de la púnica bestia'
que dará sus cenizas a algún dios hecho de oro.

Mas triunfemos del tiempo y con él del espacio,
o llegar o morir. El Comercio es ansioso.
El carbón del vapor llueve chispas doradas.
El instante y la meta son la cifra del mundo.
Adelante, decimos. Pero nadie domina
el mugiente dragón al que un sabio dio vida,
y si un día es indócil él va a ser el más fuerte.

Pues que todo circule y que las causas nobles
con las alas del fuego así puedan obrar.
Con tal que siempre abiertos a lo que es generoso
sirvan al sentimiento los caminos de hierro.
Y bendito el comercio del audaz caduceo
si el amor que tortura una mente sombría
atraviesa en un día dos inmensas naciones.

Pero a menos de ser un amigo en peligro
que nos llame con gritos del mayor desespero,
o que con su clarín Francia quiera invitarnos
a las fiestas guerreras o a las luchas del sabio;
a no ser que muriendo una madre llorosa
sobre su amada estirpe aún quisiese posar
su mirada final, la más triste y más dulce;

Evitemos su ruta. No hay encanto en el viaje,
puesto que es tan veloz por su senda de hierro
como flecha lanzada a través del espacio
desde el arco a su blanco desgarrando los aires.
Así el hombre, arrojado a una gran lejanía
no respira y no ve del teatro del mundo
más que niebla que cruzan mil centellas radiantes.

No oiremos piafar al caballo impaciente
que convierte las losas en manojos de fuego:
adiós, lentos viajes, ecos vagos que se oyen,
risas de alguien que pasa, los retardos casuales,
imprevistos recodos de las cuestas, amigos
que se encuentran, olvido de las horas, la espera
de llegar ya muy tarde a lugares agrestes.

La distancia y el tiempo se someten. La ciencia

traza en torno a la tierra sendas tristes y rectas.
Todo el mundo se achica según nuestra experiencia,
y hasta el mismo Ecuador es un aro pequeño.
No hay azar. Todos vamos por los rieles, inmóviles
allí donde al partir nos fijaron el sitio,
bien guiados por cálculos silenciosos y fríos.

Siempre el sueño amoroso y sereno verá
con horror su pie blanco vinculado a esos viajes;
pues precisan sus ojos verter largas miradas
como un río crecido sobre todas las cosas,
preguntando por todo con la rara inquietud
de quien quiere escrutar los secretos divinos,
avanzando, parándose, sin dejar de mirar.

II

¡Oh, Poesía! ¡Oh, tesoro! ¡Oh, tú, perla mental!
Los tumultos del pecho, las borrascas del mar
no podrán impedir que tu ropa irisada
junte tantos colores que al final te dan forma.
Pero apenas te ven en la frente viril,
ante el pálido brillo misterioso que tienes,
todo el vulgo asustado lanza horribles blasfemias.
Los espíritus débiles temen el puro ardor
cuyo fuego acobarda. Mas, ¿por qué huir del fuego?
Doblemente ardorosa es la vida entre llamas.
Otros fuegos divinos nos consumen a veces:
como el Sol de los cielos o el Amor o la Vida.
Pero ¿quién ha querido apagarlos jamás?
Maldecimos su ardor sin dejar de abrazarlos.

Bien merece la Musa la sonrisa insolente
y el recelo burlón que provoca su aspecto.

Cuando quiso atraer la mirada del sátiro
su palabra tembló, quién creía en sus votos,
y le fue prohibido seguir siendo saber.
Cuando a todos pedía unas pocas monedas
las monedas le daban sin temor ni respeto.

¡Moza impúdica, tú, hija de san Orfeo!
¿Por qué no sigues siendo bella y grave como antes?,
¿Por qué vas con voz ronca, por las encrucijadas
más impuras cantando a través de ciudades?
¿Por qué has puesto en tus labios madrigales galantes
y picantes, por qué ahora adornan tus ojos
tan azules equívocos descarados y torpes?

Ya en tu misma niñez y en la Grecia alocada
un ancianos` embriagándote con la fuerza del beso
fue el primero en alzar tu sagrado ropaje,
y como un mozo más te sentó en sus rodillas.
De ese beso aún se ven en tu frente las huellas.
Entre copas cantaste en banquetes de Horacio"
y Voltaire en la corte te hizo ser diversión.

¡Renegada vestal! Los poetas más graves
tu corona en su frente casi no osan ceñir;
se avergüenzan, diríase, de seguirte los pasos,
es afrenta para ellos ser tan sólo un poeta.
Y así emplean sus dones en las altas tribunas,
cuya fama, que es ciega, como lo es el Destino,
va a arrastrarles con ella hasta hacer que se pierdan.

Orgullosos les vemos en su falsa actitud,
cual tribunos romanos, pero pisan en falso.
Sus discursos futiles buscan sólo el halago
de la gente que escucha y que aplaude su voz;
renovado sin tregua en lugar tan estrecho,

este público arroja al político actor
flores sin su perfume, ya marchitas mañana.

Su horizonte es la sala donde dan espectáculo;
allí los elegidos sus combates simulan
y en su templo pronuncian el oráculo incierto;
oye el pueblo de lejos el rumor del debate,
pero gusta mirar la asamblea y sus juegos
como miran con susto las mujeres y niños
la terrible experiencia del vapor de cien brazos.

Frunce el ceño el labriego al ver que dan de mano,
que se deja el trabajo para hacer escrutinios.
Sin embargo el desdén por la cosa inmortal'
está muy arraigado en algún picapleitos.
Él, que duda del alma, tiene fe en sus palabras.
Poesía, él se mofa de tus símbolos graves,
¡oh tú, amor perdurable del que sí es pensador!

¿Cómo pueden guardarse las ideas profundas
si su luz no se encierra en tu puro diamante,
que conserva tan bien su fulgor concentrado?
Este sólido espejo, deslumbrante y durísimo,
es la piedra salvada de las muertas naciones,
la que puede encontrarse cuando en medio del polvo
alguien busca ciudades sin ver de ellas ni un muro.

¡Oh, diamante sin par, que tu brillo ilumine
esos pasos tan lentos de la humana Razón!
Para ver desde lejos el andar de los pueblos
que te engaste el pastor en sus altos tejados.
Todavía es de noche. Es aún el momento
de la luz que se anuncia precediendo a la aurora
y dibuja la tierra frente al amplio horizonte.

Aún muy niños los pueblos se descubren apenas
entre breñas nacidas mientras ellos dormían,
y su mano, a través de las zarzas que apartan,
restañar se proponen sus heridas recíprocas.
La barbarie aún nos tiene muy sujetos los pies.
Medio cuerpo es de piedra por antiguas edades,
y es igual que el dios Término cualquier hombre
animosos.

Mas también nuestro espíritu sobreabunda en impulsos;
empleemos a fondo el poder de sus medios.
Lo invisible es real. Tiene el alma su mundo
con tesoros sin cuento que no pueden palparse.
Todo está en el Señor y en sus brazos inmensos,
en su Verbo reside todo cuanto pensamos,
como aquí es el espacio donde habitan los cuerpos.

III

Eva, dime, ¿quién eres? ¿Es que acaso lo sabes?
¿Es que sabes cuál es tu deber y tu fin?
¿Sabes que al castigar el pecado del hombre
que rebelde comió de aquel árbol prohibidos'
Dios dispuso que siempre, como su bien supremo,
se inclinase a vivir el amor de sí mismo,
torturado de amarse, torturado de verse?

Mas si Dios, oh mujer, a su lado te puso,
compañera sensible, Eva, ¿sabes por qué?
para hacerte el espejo en que él vea a otra alma,
para que oiga ese canto que ha de ser sólo tuyo.
Como el éxtasis puro en la voz más suave.
Para que puedas ser a la vez juez y esclava
y reinando en su vida vivas bajo su ley.

Tu risueña palabra tiene sones despóticos;
hay tal fuerza en tus ojos, tal poder en tu aspecto
que los reyes de Oriente en sus cantos dijeron
que es igual tu mirar, tan temible, a la muerte;
quién no quiere guiar esos juicios tan bruscos,
mas tu pecho se inclina contra toda apariencia
y se rinde sin más a la suerte contraria.

Tus razones dan brincos igual que una gacela,
mas no puedes andar sin apoyo y sin guía.
Hiere el suelo sus pies, cansa el aire sus alas
y sus ojos no pueden soportar mucha luz;
en alturas que alcanzas con un súbito impulso,
ante el ruido del viento tu cabeza inestable
no se puede quedar sola y sin mil temores.

Mas tampoco conoces nuestras ruines prudencias,
en tu pecho resuena el clamor del que oprimen,
igual que en una iglesia de silencios austeros
un suspiro provoca los suspiros del órgano.
Tus palabras de fuego mueven las multitudes,
y tus lágrimas lavan todo agravio y dolor.
Tú a los hombres empujas... Y se yerguen armados.

Eres tú quien escucha los terribles lamentos
que los tristes exhalan sordamente al sufrir.
Cuando el pecho se llena de unas cóleras santas
las ciudades acallan sus latidos rebeldes.
Mas de lejos los ecos de civiles tormentas
al mezclarse en la altura con el negro carbón
forman unas palabras que entendemos muy bien.

¡Ven! El cielo no es más que una gran aureola

que te envuelve de azul, te ilumina y defiende;
la montaña es tu templo y es su cúpula el bosque;
si en la flor hay un pájaro y lo mecen los vientos,
y la flor no perfuma y si el pájaro calla
sólo es para encantar el aire que respiras;
es alfombra la tierra de tus pies infantiles.

Yo amaré toda cosa en las cosas creadas,
las veré en tu mirada soñadora, Eva mía,
que pondrá por doquier el color de sus llamas,
y su calma graciosa, su sabor hecho magia.
En mi herida del pecho pon tu mano tan pura,
no me dejes a solas con la naturaleza;
la conozco muy bien y por eso la temo.

Ella dice: «Yo soy el teatro impasible
que no puede cambiar sus actores de sitio;
esmeralda, alabastro forman parte de mí,
mis columnas de mármol las hicieron los dioses;
ni suspiros ni gritos puedo oír; sólo apenas
esta humana comedia en mi vivo escenario
que no encuentra en el cielo a su público mudo.

Desdeñosa, yo arrollo sin oír y sin ver
las hormigas lo mismo que las masas humanas;
no distingo hormigueros de cenizas e ignoro
las naciones e incluso que reciben un nombre.
Todos madre me llaman, pero soy una tumba.
Vuestra muerte en mi invierno es como una hecatombe,
y cuando es primavera me da igual que adoréis.

Sin vosotros fui hermosa, perfumada, soltando
mis cabellos al viento y siguiendo en los cielos
mi camino de siempre por el eje armonioso
de divinos volantes. Cuando ya no existáis

cruzaré los espacios, solitaria y serena,
entre un casto silencio, como hendiendo los aires
con mi frente y mis pechos que son todo altivez.

Eso dijo con voz orgullosa y tristísima,
desde entonces la odio, creo ver nuestra sangre
en sus aguas, la muerte escondida en su hierba
dando vida secreta a la raíz de los bosques.
Y a mis ojos que antaño la encontraban hermosa
dije: «No miréis más, no lloréis más por ella,
amad sólo las cosas que no vuelven a verse.»

No veremos de nuevo tu ternura y tu gracia,
ángel dulce y lloroso cuya voz es suspiros.
¿Quién podrá como tú llevar una caricia
en el brillo que alumbra tu mirada que muere,
en el leve inclinarse de tu bella cabeza,
en tu talle indolente de abandono al yacer,
en tu pura sonrisa que es amor y dolor?

Vive, fría Natura, y revive incesante,
bajo tierra, en la frente, puesto que ésta es tu ley;
vive y hazte desdén, si una diosa es lo que eres,
por el hombre que pasa y tu rey debió ser,
más que todo tu reino y su vano esplendor
amo la majestad de los hombres que sufren;
tú no esperes de mí ningún grito de amor.

¿Es que acaso no quieres, viajera indolente,
apoyar en mi pecho esa frente de ensueños?
Deja toda la paz de la casa ambulante
para ver los que pasan y los que pasarán.
Toda humana visión que me trae el Espíritu
tendrá vida a tus ojos, y se extiendan sin fin
ante nuestra mirada grandes, mudos países.

Librodot

Andaremos dejando nuestra sombra tan sólo
en la tierra ingratísima donde habitan los muertos;
volveremos a hablar de ellos en las tinieblas,
cuando sigas gustosa un camino borrado
y entre sueños te apoyes a las débiles. ramas,
como Diana llorando junto al agua tu amor
taciturno y sujeto a continua amenaza.

LA CÓLERA DE SANSÓN

Está mudo el desierto, solitaria la tienda.
¿Qué animoso pastor la plantó en un lugar
de arenales y fieras? No ha calmado la noche
esa hoguera del día que inflamaba los aires.
Se levanta una brisa muy ligera que arruga
grandes mares de polvo como un límpido lago.
El blanquísimo lino de la tienda se agita.
Un candil encendido está en vela alumbrando
como estrella interior a los dos viajeros
y proyecta sus sombras alargadas y trémulas.

Una es grande y soberbia, la otra yace a sus pies:
es Dalila, la esclava, abrazando sumisa
las rodillas de aquel amo joven y grave
cuya fuerza divina a la esclava obedece.
Como un manso leopardo es elástica, vierte
destrenzado el cabello a los pies de su amante.
Entreabiertos los ojos como se abre la almendra,
son cual brasas que piden el placer al mirar,
despidiendo fulgores de luz móvil e inquieta.
Son morenos sus brazos que un sudor tibio cubre,
y sus pies voluptuosos que se cruzan ocultos,

sus caderas, más finas que las de una gacela,
brazaletes la adornan, broches de oro y ajorcas,
y según se acostumbra en Jasor y su reino,
sus dos pechos cargados de amuletos antiguos
castamente se esconden bajo telas de Siria.

Sanson junta con fuerza sus rodillas, igual
que hace Anubis, coloso de rodillas de piedra.
Ella al fin se adormece, muy risueña y mecida
por la mano gigante que le sirve de almohada.
Él un fúnebre canto doloroso murmura,
su garganta se llena de palabras hebreas.
La mujer no comprende esos sones extraños
que son como un hechizo que la sume en el sueño.
«Un eterno combate en la tierra se libra
en presencia de Dios: la bondad, que es el Hombre
y el ardid, la Mujer, puesto que es la Mujer
una impura criatura por su cuerpo y por su alma.

Siempre amor y caricias necesitan los hombres,
al nacer les prodiga las caricias su madre,
y los brazos maternos aletargan, les dan
un deseo perenne de indolencia y de amor.
Mientras obra o medita algo en sí le perturba,
siempre sueña que un pecho o un regazo le acogen,
que le mecen canciones por la noche, que un beso
le despierta en la aurora, que unos labios de fuego
hacen que ardan sus labios, .que unos sueltos cabellos
voluptuosos resbalan cual caricia en su frente,
y el recuerdo de un lecho por doquier va a seguirle.
Cuando va a la ciudad, unas vírgenes necias"
sin más que unas palabras le harán suyo en sus redes.
Cuanto más fuerte sea, su caída es más fácil,
pues si el río es mayor más se agitan sus aguas.
Cuando el Hombre combate la batalla que Dios
le hace siempre librar contra el mundo y su prójimo,
y después busca un pecho que le sirva de apoyo,

cuando lloran sus ojos, lo que busca es un beso.
Pero entonces aún su tarea no acaba,
pues hay otro combate más secreto y más ruin;
dentro de él y en sus brazos otra lucha le espera;
la Mujer será siempre más o menos Dalila.

«Ríe y triunfa; en su artera frialdad, cuando está
de mujeres rodeada, en la espera se jacta
de que nunca aquel fuego hace presa en su cuerpo.
Y a su amiga más fiel algún día confiesa
que ha de hacerse amar mucho sin amar ella misma;
tiene miedo a los amos. Lo que quiere es placer:
son tan toscos los hombres que aunque saben sentirlo
darlo ya no lo saben. Sacrificio asombroso
que más que oro realza a los ojos de todas
la belleza que da maravillas por fruto
y que riega sus pasos con la sangre más noble.
-¡Oh, Señor! ¡Luego es cierto que lo que tanto quise
no ha existido jamás, y que el ser elegido
a quien va nuestro amor, de quien viene la vida,
por orgullo termina por ser nuestro enemigo!
La Mujer es ahora aún peor que en los tiempos
en que al ver a los hombres dijo Dios: "¡Me arrepiento!"

Retirándose a un reino espantoso tendrán
las mujeres Gomorra y los hombres Sodoma.
Y mirándose así, desde lejos, coléricos,
morirán los dos sexos cada cual por su lado.

»¡Dios eterno, Dios fuerte! Tú que sabes que mi alma
se nutría tan sólo de un amor de mujer,
y que más fortaleza santa daba este amor
que el cabello divino fuerza daba a mi pecho,
juzga Tú, aquí la tienes ya dormida a mis pies.
Por tres veces vendió mi secreto y mi vida,
y ha vertido tres veces ese llanto falaz
tras del cual adivino el furor de sus ojos;

con vergüenza aún mayor que su propia sorpresa,
descubierta por mí y a la vez perdonada;
porque nada más fuerte que la bondad del Hombre,
que anonada absolviendo al ser débil que miente.

»Ahora el tedio me vence. Siento un peso en el alma
que mi cuerpo gigante y mi fuerte cabeza
que sostienen el peso de columnas de bronce
ya no pueden llevar por congoja insufrible.
Ver serpear junto a mí esa víbora de oro
que se arrastra en su fango y que cree estar oculta.
¡Compañera que tiene corazón traicionero,
oh, Mujer, niña enferma doce veces impura!
Tener siempre que estar encerrando la cólera
en un pecho ofendido, como en un santuario,
un lugar entre llamas que, si se abren las puertas,
puede todo arrasar; prohibir a los ojos
el que vean o lloren. ¿No es acaso excesivo?
Sopla, Dios, si lo quieres, en mi pobre ceniza.
Mi secreto ya es suyo, ella va a traicionarme.
Son hermosos los pies del que venga hasta aquí
a anunciarme la muerte. ¡Sea lo que ha de ser! »

Así dijo y quedó a su lado dormido,
hasta que, temblorosos, los guerreros ocultos,
que pagaron a peso de oro cada cabello,
fueron a atar sus manos y quemaron sus ojos,
le arrastraron cargado de una inmensa cadena
de la cual doce toros con esfuerzo tiraban,
le pusieron de pie, y en silencio quedó
ante aquel dios, Dagón, que gimió sordamente,
y dos veces, girando, se hizo atrás en su base
y llenó de terror a sus adoradores,
encendieron incienso y hubo luego un festín
cuyos ecos se oyeron en lejanas montañas;
la ternera ofrendaron a su dios, y muy cerca
se sentaba Dalila, meretriz palidísima,
coronada, adorada, del banquete la reina,

mas también temblorosa, y entre tanto alboroto repitiéndose:
«Ahora nunca más me verá.»

¡Tierra y cielo! ¿Es que habéis retemblado de gozo
viendo a aquella mujer traicionera que sigue
con mirada extraviada las dos manchas de sangre
que buscaban el sol con afán impotente?
Finalmente Sansón sacudió las columnas
que aguantaban el peso de unos arcos inmensos,
y de golpe aplastó bajo ruinas mortales
a tres mil enemigos, con su dios y su altar.

¡Tierra y cielo! Tal es la justicia que venga
las traiciones urdidas en amores ficticios,
el secreto del alma que se vende arrancado
entre brazos y besos que son sólo traición.

Escrito en Shavington, Inglaterra,
el 7 de abril de 1839.

LA BOTELLA EN EL MAR

CONSEJO A UN JOVEN DESCONOCIDO

I

Ten valor, débil niño, tú que a mi soledad"
mandas cantos quejosos y sin nombre, que arrojas
ante mis resguardados ojos de hombre de estudio.
No recuerdes a aquellos que la muerte truncó:
Chatterton y Gilbert, Malfilátre; de la obra

del futuro no dejes de ser un santo idólatra,
las miserias del hombre que hay en ti olvida. Escucha.

II

Cuando un grave marino ve que el viento le lleva
con los mástiles rotos, cuando ve que en el duelo
que sostiene es el mar el más fuerte adversario,
y que en vano su ingenio sus recursos convoca;
que la fuerza del agua le sumerge y le arrastra,
que ha perdido el timón y con él todo rumbo,
se refugia en su calma y se cruza de brazos.
Ve los líquidos montes, con sus ojos los mide,
los desprecia sabiendo que le van a engullir,
toda su alma somete a la impura materia,
sabe que va a morir al igual que su barco.
Porque a veces el alma resistir ya no puede;
mas quien piensa se aísla y tan sólo la fe
de los fuertes le alienta y le presta socorro.

IV

Ya en la noche aquel joven capitán ha hecho todo
lo que estaba en su mano por salvar a los suyos.
Ni una vela aparece en las ondas lejanas,
todo es sombra y el brick va hacia las rocas indias.
Se resigna, ahora reza; y medita en Aquel
que sostiene los polos y que eriza con largos
meridianos la línea ceñidora del mundo.

V

Presto está al sacrificio; mas la tierra precisa
recoger del trabajo aquel fiel testimonio.
Es el diario estudioso de su afán solitario
que valdrá mucho más que el diamante y la perla;
es la carta marina que trazó en la tormenta,
y hay en ella el peñasco donde va a naufragar,
testamento sublime al futuro viajero.

VI

«Hoy», escribe, «nos lleva la corriente del mar
a la Tierra del Fuego, ya sin rumbo, perdidos.
Nos empuja hacia el este. Nuestra muerte es segura:
que se single hacia el norte evitando el escollo.
Acompaño mi diario que contiene un estudio
de las constelaciones de esta parte del cielo.
¡Que alguien pueda encontrarlo si así Dios lo dispone!

VII

Luego, inmóvil y frío, como el cabo brumoso,
centinela que guarda el estrecho del sur,
al igual que esas peñas revestidas de espuma,
negros picos con luto por algún español,
abre al fin la botella que parece más fuerte,
cuando el barco, arrastrado por la fuerza del agua,
gira en círculo igual que un milano que vuela.
Una mano sostiene a la fiel compañera,
cierra con la otra mano su negruzca abertura,

todavía el escudo de Champaña en el lacre;
hay espuma de Reims en su cuello verdoso.
Y al mirarla el marino rememora aquel día
cuando aquella botella reunió a todos sus hombres
para un brindis solemne a la enseña bendita.

IX

Se quedaron al pairo celebrando una fiesta,
todos los tripulantes con un vaso en la mano;
cuando él dio la señal todos se descubrieron
prorrumpiendo en un hurra como una sola voz.
La sonrisa del sol blancas velas doraba;
repetían los aires aquel grito viril
noblemente invocando a la patria lejana.

X

Tras el hurra quedaron meditando en silencio.
En la espuma de Aï hay fulgores de dicha;
en el fondo del vaso todos ven a la Francia,
lo que en ella dejaron al partir con dolor:
uno a su padre anciano, junto al fuego, contando
por los días su ausencia; ve también en la mesa
un silla vacía junto a la de su hermana.

XI

Ve París quien contempla a su hija observando
la medida de todas las corrientes del aire,
y empañando con lágrimas el cristal de la aguja,
mientras trata de unir el imán con el hierro."
Otro allí ve Marsella. La mujer corre al puerto
y en la playa le tiende un pañuelo, insensible
a sus pies que el mar baña al subir la marea.

XII

¡Simulacros de amores inefables, murmullos
de las almas sonoras como si fueran voces,
oh el recurso a la ciencia, o engañosa ficción!
¿Por qué así os repetís tantas veces al día?
¿Por qué sois espejismos en el ciego horizonte?
¡Esperanzas de nieve que se amasan sin tregua
y se funden dejando nuestras manos vacías!

XIII

Los trescientos valientes, ¿dónde están? Derribados
por el viento en el seno de corrientes malditas,
presa de arpones indios, en sus cuerpos helados
sólo quedan jirones de su azul uniforme;
y antes que ellos murieron, su destral en el cinto,
oficiales muy doctos que cortaban los mástiles.
¡Y de aquellos trescientos sólo diez sobreviven!

XIV

Ahora vuelve sus ojos el capitán al polo
del que acaba de ver los ignotos estrechos.
Está hundido en el agua, que le llega a los hombros
y aún un brazo desnudo hacia el cielo levanta.
Su navío naufraga y su vida concluye:
lanza al mar la botella y al hacerlo saluda
al futuro que sabe que ahora empieza para él.

XV

Y sonríe al pensar que aquel vidrio tan frágil
llevará su mensaje y su nombre hasta el puerto;
que es como una isla nueva que así agranda la tierra;
que confía aquel astro descubierto a la suerte;
que Dios puede dejar que unas aguas absurdas
hundan barcos mas no pensamientos también;
y que con la botella ha vencido a la muerte.

XVI

Dicho está. ¡Que Dios quiere acudir en su ayuda!
Todo el brick anegado queda ya bajo el agua.
De un océano pasa a otro océano, flota
la botella mecida en su cuna vastísima.
Sola en medio del mar esa frágil viajera
sólo tiene por guía una brisa muy leve;
mas procede del arca, lleva un ramo de olivo.

XVII

Las corrientes la empujan, la detienen los hielos
y la cubren con pliegues de su manto blanquísimo;
y con ella tropiezan los caballos de mar,
la olfatean con susto, resoplando se alejan.
El verano, instrumento del destino cambiante,
rompe al fin la muralla de los hielos porfiados,
y flotando se acerca al ardiente Ecuador.

XVIII

Cierto día en que todo era calma en el mar,
cuyas olas de azul, de diamante y doradas
su esplendor devolvía a los soles del trópico
majestuoso un navío por allí hacía rumbo;
la botella es sagrada para el hombre de mar
y al instante su flámula se cubrió de señale!
se detiene y un bote es lanzado a las aguas.

XIX

Pero se oye a lo lejos el cañón del corsario;
el negrero va a huir con la ayuda del viento.
¡Zafarrancho! Abatid al siniestro enemigo.
¡Hundid oro y verdugos de poniente a levante!
La fragata sus botes recupera, los mete
en su seno cual ágil zarigüeya, y a impulsos
de la vela y vapor se apresura a singlar.

XX

¡Siempre sola en el mar, siempre sola, perdida
como un punto invisible en el móvil desierto!
La viajera errabunda sigue abriéndose paso
y ve vírgenes tierras aún ignotas a todos.
Temblorosa, parece condenada a flotar,
y descubre en su cuello que de un año a esta parte
ovas y algas le han hecho como un manto verdoso.

XXI

Una noche por fin vientos de las Floridas
hacia Francia la empujan, y en sus costas lluviosas
al pie de peñas áridas hay un buen pescador
que en sus redes recoge la valiosa botella.
Busca a un sabio corriendo y le muestra el tesoro
que no se atreve a abrir y pregunta cuál es
aquel negro elixir que contiene el misterio.

XXII

¿Qué elixir es aquél? Pescador, es la ciencia.
Es divino elixir que el espíritu bebe,
pensamiento, experiencias que son todo un tesoro.
Pescador, si en la malla de tus redes cogieras
todo el oro serpeante por las venas de México,
los diamantes de la India y las perlas del África,
tu trabajo aquel día fuese menos valioso.

XXIII

¡Oh, contempla qué júbilo tan ardiente y tan grave!
Ahora brilla en la patria otro nombre glorioso.
El cañón poderoso y la pía campana
su emoción comunican por el aire que tiembla.
Funerales solemnes hoy habrá por los héroes
del más arduo saber, no por gestas guerreras,
las paredes lo dicen: «Un recuerdo en su honor.»

XXIV

¡Oh, recuerdo perenne! Gloria al que ha descubierto
algo humano o del mundo, los dos grandes misterios,
lo que es justo y el Bien, fuentes mal conocidas,
o el espléndido abismo insondable del Arte.
Poco importa el olvido, la injusticia insensata,
remolinos y hielos de la gran travesía.
Sobre la última losa crece el árbol glorioso.

XXV

Otro no hay en la tierra prometida más bello,
es el faro de todos, pensadores tenaces.
Navegad sin temer ni las olas ni el viento
bien sellado el tesoro con el lacre precioso.
Pues tal oro no se hunde y su gloria es segura;
decid, pues, sonriendo, como aquel capitán:
¡Que alguien pueda encontrarlo si los dioses lo quieren! »

XXVI

Yo sé bien que el Dios fuerte es el Dios de la idea.
Si la suerte arrojó en la frente su germen,
el Saber extendamos en fecunda oleada;
recojamos el fruto tal cual sale del alma,
perfumado de santas soledades, y entonces
arrojemos nuestra obra a los mares del mundo:
Dios hará que algún día llegue a puerto seguro.

En Maine-Giraud, octubre de 1853.

UNAS PALABRAS A UN GRAN HOMBRE"

(Con motivo de la publicación de Voces interiores)
París, 14 de agosto de 1839.

¡Oh, poeta, a menudo la memoria te falla!
¿Es que ya no te acuerdas de los himnos triunfales
que a los héroes de julio" dedicabas ayer?
Por lo menos respeta al que fue Carlos Décimo,
y permite que manos que no son tan profanas
cuiden de sepultar sus despojos sagrados.

Pues la aurora te vio aceptando sus dones;
y la tarde insultando sus tristezas reales
renegando con prisa del monarca caído...
Si acaricias al león va a lamerte la mano.
Tú que acaso en exceso recibiste caricias,
al caer el rey Carlos... te lanzaste a morderle.

Y hete aquí que ahora vienes a cantar palinodias,
y entre tristes parodias te aproximas al féretro
ofreciendo al rey muerto el incienso más vil...
Mejor fuera escribir en su contra una sátira:
pues ya sólo faltaba para que fuese mártir
esa voz compasiva del que le traicionó.

Oh, prosigue, poeta, esta noble carrera,
la palestra poética mancha sin que te pese,
deja atrás en sus versos Du Bartas y Ronsard,
pisotea los lauros del que venció en Ravena,
y salpica de fango a las reinas de Francia...
¡Como premio serás el rey del bulevar!

Los más nobles acentos de Atalía y de Fedra
olvidados, avanza en el teatro más ruin,
muéstranos en escena lupanares infames...
Y desdeña las máximas del buen gusto, lo tuyo
es abrir para todos una escuela de crímenes
que haga ruborizarse a las artes y a Francia.

¡De ese siglo cegado vas a ser el prodigio!
Tú desprecia altanero a Racine y a Corneille,
los aplausos de Thiers te serán suficientes...
Y tal vez cuando vuelvas de las regias jaranas
unos nuevos Colberts de un Versalles novísimo
premiarán tu talento con armiño de par.

Pero al décimo Carlos hora es ya de que olvides...
Canta, pues, con tu lira a adoquines triunfales,
canta con entusiasmo toda revolución,
mas respeta el asilo del monarca exiliado,
deja en paz con tus voces interiores a aquellos
del linaje de Enrique, basta ya de injuriarlos.

ORACIÓN

¡Oh, Señor invisible,
haz que saque la luz de ese puro esplendor
y que viva en sosiego y en la serenidad!